

La mujer de los años 80

JULIÁN MARÍAS *

DIEZ años ha cumplido mi libro *La mujer en el siglo XX*; escrito en los últimos meses de 1979, se publicó en los primeros de 1980. En 1986 apareció otro, *La mujer y su sombra*, que representa un enfoque distinto, más antropológico y menos histórico y social, acerca de la mujer. En el primero de estos libros analicé las transformaciones de las mujeres occidentales desde la época que se llama «victoriana», para tratar de entender su realidad actual. En el segundo miré más bien a lo que es propio de la condición de la mujer como persona femenina y que, en formas ciertamente distintas, pervive a lo largo de muchas épocas.

Como era de esperar, *La mujer en el siglo XX* conserva su vigencia; seguimos todavía dentro de él, y es probable que siga teniendo validez después de que se penetre en el próximo: la realidad humana es histórica, pero no hay que exagerar, y una de las formas decisivas del tiempo, precisamente la que permite que haya historia, es la *duración*; creo que hay que evitar un «actualismo» extremado, que tiene muy poco de histórico.

La variación que la condición de la mujer ha experimentado en nuestro tiempo es tal, que parece probable una larga *instalación* en las formas nuevamente alcanzadas; más aún, se va a tardar bastante tiempo en tomar posesión de la situación a que se ha ido llegando por etapas, y hay el riesgo de que la excesiva «prisa», el afán de variación constante, impida que esa posesión sea efectiva; tal actitud puede llevar a no pocos retrocesos, que se pueden advertir en el pasado reciente.

Pero diez años son un tiempo apreciable, y en asuntos tan delicados es probable que se hayan producido cambios significativos; bastaría para hacer pensar esto el caer en la cuenta de que las mujeres de 1990 no son *las mismas* de 1980; tienen otra edad; han alcanzado el nivel adulto y el acceso a la historia las que hace un decenio eran todavía niñas. Aun suponiendo que las formas sociales no hayan cambiado en lo sustancial, los «personajes» históricos han experimentado variación; y no olvidemos lo que es decisivo: la relación con los hombres, que han experimentado variaciones paralelas, acaso no coincidentes. Tiene sentido, pues, intentar una revisión de la década que termina.

Hace unos meses, la revista *TIME* publicó un largo artículo sobre el feminismo y sus vicisitudes recientes. Decía que algunas mujeres dirían ahora: «Soy feminista, pero...» Y que otras, sin duda más, dirían: «No soy feminista, pero...» El feminismo, como su su-

* Valladolid, 1914. De la Real Academia Española. Miembro del Colegio Libre de Eméritos.

fijo «ismo» sugiere, ha sido una tesis, una actitud combativa, que ya hace diez años estaba en declinación; en parte, por haber alcanzado sus fines, por haber triunfado en cierta medida; en parte, por haber tropezado con la realidad y haber experimentado una dosis de fracaso, la más decisiva, que no viene de una voluntad ajena hostil, sino de la estructura misma de la realidad. El feminismo, cumplida una determinada misión, ha quedado «anticuado», aunque la actitud persista (Cocteau dijo que «la vanguardia es lo que no cambia»). Y las mujeres jóvenes, las que han encontrado ya resueltos algunos problemas o injusticias, no necesitan ser feministas, porque han empezado a vivir a un nivel que presupone esa actitud o la lleva dentro.

El feminismo, si no me equivoco, nació de dos impulsos enteramente diferentes y en cierta forma opuestos. Uno, la conciencia de que las mujeres vivían en una situación injusta, que tenían limitaciones enojosas, en muchos casos intolerables. Esto era verdad sin la menor duda; lo que pasa es que las feministas solían tener muy poco sentido histórico, y no vieron todo lo que de positivo, atractivo y valioso había tenido la condición de la mujer en otras épocas, muy distintas entre sí; tuvieron la tendencia de hacer tabla rasa de la historia y repudiarla, desde ayer hasta nuestra madre Eva. El otro impulso era cierto *descontento*, una desestimación de la condición femenina, acaso por no sentirse capaces de realizarla en forma plena y saturada. Por eso no tuvieron demasiado inconveniente en «sacrificar» a su doctrina importantes dimensiones de lo que es y sobre todo puede ser la mujer.

Por ejemplo, la belleza, el atractivo, sin darse cuenta de que éste es lo *más personal*, aquello en que funciona la persona *misma*, no sus pertenencias o atributos, y por tanto lo que más afecta a la condición irreductible, al quién es cada cual. O ciertas posibilidades exclusivamente femeninas, como la maternidad y lo que de ella se desprende.

Las mujeres de la última década que se han encontrado con una labor necesaria y no muy grata ya realizada, han partido de una situación mejor, con mayor libertad, más posibilidades sociales abiertas, mayor justicia en el trato con los varones, y naturalmente han aprovechado y gozado todo esto, que no han tenido que conquistar con esfuerzo y algunas cicatrices. Y han tendido la mirada en torno suyo, lo que las ha hecho caer en la cuenta de que hay más cosas interesantes que se habían pasado por alto o a las que imprudentemente se había renunciado.

Se podrían resumir los cambios de este decenio diciendo que las mujeres han recuperado o adquirido una mayor naturalidad, una espontaneidad que les permite una instalación más cómoda en su condición. Algo semejante ha ocurrido a los jóvenes, que están perdiendo la actitud casi «profesional» que se inició hace un cuarto de siglo y dominó plenamente durante diez años, sin que se haya extinguido enteramente. Ha disminuido en ambos casos la actitud «polémica» que caracterizó a la sociedad durante ese tiempo. Cuando circulaba la consigna —porque era una consigna— «no se puede uno fiar de nadie que tenga más de treinta años», una de las estupideces más tristes y malignas que se han acuñada en nuestra época, se desliza también la noción de que hombres y mujeres eran «enemi-

gos», de que había que afirmarse hostilmente en la propia condición, ya que no fuera posible eliminar la otra.

Nada de esto se sostiene hoy, salvo por grupos muy reducidos, casi siempre ligados a los restos de ideas que habían conseguido cierta vigencia. Pero no sería tampoco justo decir que las mujeres están «de vuelta» de ellas; ante todo, porque la vida se hace siempre hacia adelante y nunca se vuelve a formas pretéritas; y, además, porque una gran mayoría de mujeres no habían «ido», no se habían embarcado en esas nociones cuya falsedad o insuficiencia parecen evidentes.

Y ahora me refiero a las mujeres que no son demasiado jóvenes, que no han llegado a la condición adulta en este último decenio, sino que ya estaban en ella anteriormente. Un número muy alto de ellas había visto con complacencia la dilatación del horizonte social de la mujer, el incremento de sus posibilidades de estudio, trabajo, iniciativa, libertad personal, sin mezclar con ello un oscuro descontento de ser mujeres, sino al contrario, con profunda adhesión a lo que eran. Lo que sucedía es que esa actitud —repito, muy difundida, en ciertos niveles mayoritaria— no era «reconocida», no tenía apenas expresión pública, era frecuentemente descalificada como «inactual» o «retrasada», mientras que ahora se empieza a sentir su justificación, a la vez que parecen caducas las actitudes que gozaban de mayor favor público.

En el libro antes mencionado señalé que en épocas anteriores la mujer no podía entrar en muchos lugares de la sociedad; en nuestro tiempo sí, pero a condición de dejar su condición femenina a la puerta, es decir, de no entrar como tal mujer, sino como «cualquiera». Se ha ido descubriendo la trampa que se encerraba en esa actitud, y ha aumentado el número de mujeres que no están dispuestas a renunciar a sus atributos propios; es decir, que pretenden tener acceso en principio a todas sus posibilidades, pero sin pagar por ello el precio de una absoluta «homogeneización» que equivale a aplastar la peculiaridad en nombre de una igualdad que debe afectar a lo que efectivamente puede y debe ser igual. Creo que este proceso ha sido la causa de la mejoría social más importante de los años 80.

En el decenio que termina se ha ido operando un delicado «reajuste» de las mujeres que tienen ahora más de treinta años, y sobre todo más de cuarenta. Habían recibido los efectos de esas vigencias antes recordadas, que en cierta dosis habían aceptado y habían condicionado sus vidas. Con distintos grados de convicción, por supuesto, desde la adhesión hasta el mero no atreverse a discrepar. Al ir madurando, al ir teniendo nuevas experiencias, al poner a prueba la consistencia de esas interpretaciones, han ido llegando a posiciones distintas, por lo general más flexibles y matizadas, sin renunciar a lo que les sigue pareciendo valioso, incluso irrenunciable.

En muchos casos la transformación, lo que llamo reajuste, se ha producido de modo simplemente empírico, como consecuencia del contacto o la fricción con la realidad. En las mujeres que han dispuesto de mayores recursos intelectuales se ha llegado a una elaboración personal y propia de lo que es ser mujer. Creo que se ha alcanzado con cierta frecuencia un tipo de mujer particularmente logrado, con una perfección que promete la mejoría más importante que podemos esperar para lo que queda de siglo.

Pero hay que contar con dos factores que disminuyen esta espe-

ranza, que hacen dudoso el éxito de esa forma superior de mujer que no sólo se anuncia, sino indudablemente existe. Uno de estos factores es la *inercia*. Cuesta mucho esfuerzo sacudir lo que se ha aceptado de modo inerte y pasivo, porque hay una fuerte resistencia a «revisar» los contenidos de la vida. Hay una propensión a «dar por bueno» de una vez para todas lo que en cierto momento se ha admitido.

El otro factor es *la propaganda*. En nuestro tiempo hay que contar con su fuerza, casi incontenible. Hay un martilleo constante de algunas interpretaciones, que se repiten sin justificación, porque se confirma sobre todo en el efecto mecánico; y se acompañan de la «descalificación» de todo lo que no se ajuste a esos esquemas. Hace falta una mente alerta y una personalidad enérgica para no dejarse imponer por esas presiones y mirar las cosas directamente.

Hay algunos criterios que, si no me engaño, se van abriendo camino y son responsables de la mejoría que percibo al llegar a 1990. Lo decisivo es medir el enriquecimiento o empobrecimiento que producen las diversas interpretaciones de la vida, y en este caso de la condición de la mujer y de la peculiaridad de su vida. Hay que preguntarse qué se gana y qué se pierde con cada una de las transformaciones que se proponen o se realizan, si se consigue con ellas un incremento de la realidad, las posibilidades, la plenitud de instalación, la apertura de los proyectos, y en último término la felicidad, o tal vez lo contrario, un angostamiento del horizonte o incluso una mutilación.

Frente a cada variación propuesta o ya consumada, hay que preguntarse si vale la pena. Y esa pregunta no tiene por qué ser teórica, sino ante todo estrictamente vital, ejecutiva. Hay que estar en claro respecto a algo tan sencillo e importante como es la manera de *sentirse*, al ejecutarse ese balance vital que hacemos cada día.

Los últimos decenios han estado marcados, en el mundo entero, por un deliberado propósito de «reduccionismo», de nivelación hacia lo inferior, de renuncia a lo más valioso, esperanzador, ilusionador de la realidad, y en concreto de la vida humana. Un carácter radical de ésta, fuente capital de perfección y felicidad, es que se realiza en dos formas irreductibles e inseparables, disyuntas y polarmente opuestas, en referencia mutua, varón y mujer. Es lo que crea el campo magnético de la convivencia, lo que hace que ésta sea estimulante, interesante, lo que permite la proyección recíproca y el nacimiento de la amistad intersexual, el amor, la paternidad y maternidad, la apertura hacia el futuro y la esperanza. Es notorio que se lleva mucho tiempo tratando de menoscabar o destruir todo esto, que es lo que le da sentido a la vida, lo que la hace vividera. Tengo la impresión de que se ha iniciado ya una superación de ese radical empobrecimiento, que se ha iniciado la reivindicación de aquello en que consiste la personalidad humana. Para llevarlo a cabo será menester la cooperación del hombre y la mujer *como tales*. Y, por su mayor movilidad, flexibilidad, capacidad de transformación, por estar en plena dilatación desde comienzos de este siglo, pongo la mayor esperanza en la participación de la mujer en esta empresa.